



El Principito

Antoine Saint Exupery

8

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

XXI. La amistad

Resumen. Fue entonces cuando apareció el zorro. El Principito estaba muy triste, y quiso jugar. El zorro no estaba domesticado, por eso no podía jugar. Domesticar significa "crear lazos". Cuando dos personas crean lazos, tienen necesidad el uno del otro y son el uno para el otro absolutamente únicos.

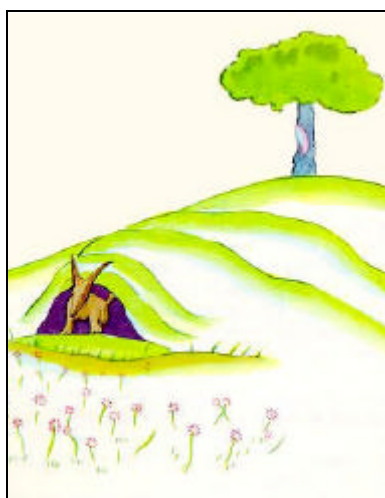
Antes de crear lazos, el uno es para el otro uno más, uno del montón. La vida resulta así monótona, un poco aburrida, ya que los demás son todos iguales. Por el contrario, cuando se crean lazos la vida se ilumina, se llena de colorido.

Por eso el zorro quiere ser domesticado. El Principito piensa que no tiene tiempo para eso: ha de descubrir muchos amigos y conocer muchas cosas. Pero el zorro le explica que sólo se conoce lo que se domestica:

—Si quieres un amigo, domesticame.

El Principito volvió al día siguiente y el zorro le explicó que hubiera sido preferible volver a la misma hora: así la llegada es esperada, se prepara el corazón. Se instaura un rito. Los ritos hacen que un día sea distinto de otros, y una hora distinta de otras horas.

El Principito domesticó al zorro. Cuando llegó la hora de despedirse, el Principito fue a ver a las rosas. La relación con el zorro le había hecho comprender por qué su rosa era única en el mundo. Es el tiempo que le ha dedicado lo que



hace tan importante a su rosa, y eso mismo lo hace responsable de ella. Por eso dice:

—Sois bellas, pero estáis vacías. No se puede morir por vosotras.

Al separarse, el zorro le regala un secreto:

—Adiós, dijo el zorro. Este es mi secreto. Es muy simple: sólo se ve bien con el corazón. Lo esencial es invisible a los ojos.

Comentario. Este capítulo es quizá uno de los más célebres y bonitos del Principito. El zorro encarna el papel de la sabiduría, de ese saber de la vida a que hicimos referencia en el capítulo 15, al tratar el personaje del geógrafo. En el zorro hay algo que recuerda a la serpiente, que es también símbolo de un tipo de saber, pero el zorro no habla en enigmas. No produce temor. Por el contrario, al hilo de una verdadera conversación va sacando del fondo de su sabiduría ideas que son como un bálsamo, que sanan el corazón dolorido del Principito.

Porque el Principito se encontraba en una situación de derrumbe espiritual, lo dejamos en el capítulo anterior llorando sobre la hierba. Y es entonces cuando aparece el zorro. No pone la venda antes de la herida, sino al contrario porque, por decirlo con Hölderling: «Donde está el peligro, surge también la salvación». Cuando se ha sufrido, cuando se tiene un problema, se está más receptivo ante la solución.

Cuando aparece el zorro el Principito está triste, por eso quiere jugar, para salir de la tristeza. El juego es sinónimo de diversión, de alegría; se opone al aburrimiento y la tristeza. El Principito está triste, el zorro está aburrido. Si juegan, ambos superarán la situación en que se encuentran.

Pero el zorro advierte que no pueden jugar ya que él no está domesticado. No basta con querer abandonar el tedio y la tristeza. De alguna manera, la alegría es una manifestación de que nuestra vida va bien. Para que haya alegría no basta con que lo deseemos: nuestra vida realmente debe ir bien. Se puede jugar, asistir a fiestas... es decir, se pueden imitar las manifestaciones de alegría. Pero en ese caso se trata de una alegría aparente, vacía, sin fundamento. El espíritu festivo, la alegría que brota de una persona que está satisfecha y orgullosa de su vida, es algo muy distinto del griterío berbenero. Vimos en el capítulo anterior cómo la devaluación de la persona amada da lugar a la devaluación del mundo y de sí mismo. Podíamos decir que la fiesta es todo lo contrario: la valoración, el aprecio del mundo, el estar a gusto, sentir que vivimos un mundo en el que las cosas (el mundo) están bien.

Para jugar, dice el zorro, has de domesticarme. Lo que en las relaciones animal-hombre llamamos domesticar equivale a "crear lazos", "establecer relaciones". Pero no cualquier tipo de relación. Más adelante dirá el zorro: Si quieres un amigo, ¡doméstícame! . Por tanto, domesticar hemos de considerarlo en este relato como sinónimo de "crear lazos amistosos".

Y lo que el zorro está diciendo es que para poder jugar, tener espíritu festivo, alegría en definitiva, es necesario tener amigos.

Cuando se establecen relaciones de amistad se descubre que lo que hace que el otro sea único no es que carezca de semejante (frente a lo que creía falsamente el Principito al descubrir la multitud de flores semejantes a la suya), sino el hecho de

haber fundado un ámbito de intimidad, de encuentro.

Para eso se requiere tiempo, paciencia. No es algo que se consiga siguiendo una cierta técnica. Se parece más a un arte que a una técnica. Y los ritos son necesarios, «son en el tiempo lo que la morada es en el espacio. Pues bueno es que el tiempo que transcurre no nos dé la sensación de gastarnos y perdernos, como al puñado de arena, sino de realizarnos. Bueno es que el tiempo sea una construcción. Así voy de fiesta en fiesta, y de aniversario en aniversario, de vendimia en vendimia, como iba cuando niño de la sala del consejo a la sala del reposo en la anchura del palacio de mi padre, donde todos los pasos tenían un sentido» .

Cuando se carece de auténtica alegría, cuando no se está a gusto con lo que se tiene y con lo que se es, entonces la repetición (y todo rito es una repetición) aburre: se ansía la novedad, lo último. Por el contrario, cuando algo nos llena, nos parece bien, nos alegra, entonces queremos repetirlo.

Los ritos son una repetición de algo hermoso. Mediante el rito se recuerda, se vuelve a pasar por el corazón, se vivifica lo que se conmemora. Incluso un rito tan simple como la celebración de un cumpleaños, significa: "me alegro de tu llegada a la vida" y la alegría la manifiesto en una fiesta, en un regalo.

A veces un rito aburre. Eso sucede cuando se repite pero no sé qué significa, no sé qué se celebra y por eso el rito no lo vivo como manifestación de alegría ya que no sé de qué he de alegrarme. En ese caso, el rito puede verse como una imposición, como una obligación social o cultural. Y entonces el rito aburre, agobia, y hemos convertido el día del cumpleaños en un día más, como cualquier otro: ya no hay motivo de alegría. Si el cumpleaños se salda con dar dinero (ni siquiera el regalo: sólo dinero), hemos matado la ilusión, la alegría del que se sabe querido y también la alegría del que quiere y manifiesta festivamente su cariño.

*«Adiós,
dijo el zorro.
Este es mi secreto.
Es muy simple: sólo se
ve bien con el corazón.
Lo esencial es
invisible a los
ojos»*

Lo esencial es invisible a los ojos

Los ritos, de suyo, son una celebración que ayuda a educar al hombre. Dar la mano, o un par de besos, decir "buenos días..." o cualquier otro modo de saludar no son sino modos de decir al otro que nos alegra verlo. Son ritos, algo que hemos aprendido a hacer para expresar eso. El hombre es un ser que ha de aprender a manifestar lo que siente. Las manifestaciones son culturalmente variables: en unos lugares se aplaude y en otros, para expresar lo mismo, se silba. Pero hay que aprender a



aplaudir o a silbar, a saludar,... Todo esto es lo que la sociedad transmite a sus miembros.

Las relaciones humanas están llenas de diferentes ritos. Pero el rito siempre es una manifestación de algo que se lleva dentro. Por eso son necesarios, porque en las relaciones con el amigo expresan que lo llevo dentro de mí, que sus aniversarios son motivo de alegría para mí. Y la fiesta es alegre por que es el lugar en que se encuentran los amigos.

XXII. La prisa y el ocio

Resumen. Resumen

—Buenos días, dijo el Principito.

—Buenos días, dijo el guardagujas.

—¿Qué haces aquí? dijo el Principito.

—Clasifico los viajeros en paquetes de mil, dijo el guardagujas. Envío los trenes que los llevan, a veces hacia la derecha a veces hacia la izquierda.

Y un rápido iluminado, rugiendo como el trueno, hizo temblar la cabina del guardagujas.

—Tienen mucha prisa, dijo el Principito. ¿Qué buscan?

—El mismo hombre de la locomotora lo ignora, dijo el guardagujas.

Y rugió, en sentido inverso, un segundo rápido iluminado.

—¿Ya vuelven? preguntó el Principito...

—No son los mismos, dijo el guardagujas. Es un cambio.

—¿No estaban contentos donde estaban?

—Nunca se está contento donde se está, dijo el guardagujas.

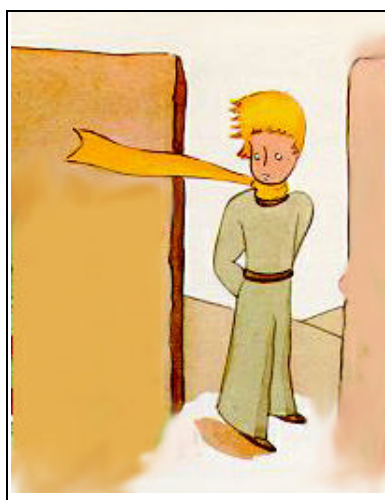
Y rugió el trueno de un tercer rápido iluminado.

—¿Persiguen a los primeros viajeros? preguntó el Principito.

—No persiguen absolutamente nada, dijo el guardagujas. Duermen ahí dentro, o bien bostezan.

Sólo los niños aplastan su nariz contra los cristales.

—Sólo los niños saben lo que buscan, dijo el



Principito. Pierden tiempo por una muñeca de trapo, y ella se vuelve importante, y si se la quitamos, lloran...

—Tienen suerte, dijo el guardagujas.

Comentario. El Principito ha ido madurando, ha aprendido mucho. Sabe que es importante dedicar tiempo para crear lazos,

para tener amigos. Como ha ocurrido con su rosa, que se ha convertido en única, irreplicable. Por ella podría llegar a morir, por las demás no, puesto que sólo a ella ha dedicado tiempo.

Lo que ha aprendido le permite analizar, por contraste, algunas características de nuestra sociedad. A esto dedica los dos próximos capítulos.

El guardagujas clasifica los viajeros en paquetes de mil. Estos viajeros semejan a las rosas del jardín de los capítulos anteriores en un aspecto importante: son todos iguales. No se está hablando de la persona con sus características peculiares, sino del individuo-masa. Precisamente la masificación es una característica de nuestra sociedad. Y un problema. El hombre masa es el individuo despersonalizado. Y, cabría preguntarse ¿qué es una persona despersonalizada?

Fromm considera que la masificación es el proceso mediante el cual el hombre, que no soporta la angustia derivada de la libertad, se refugia pasivamente en una colectividad de apariencia salvífica :

la colectividad le ofrece cobertura ideológica para su acción y le ahorra la penosa tarea de pensar. Así se produce la despersonalización, ya que el individuo delega su capacidad de pensamiento -y, por eso mismo, su libertad- en la autoridad de la sociedad: el imperio del "se": "se dice", "se lleva", "se hace"...

El hombre masificado está despersonalizado, y eso es malo para él. Pero la sociedad en la que se integra como un individuo más, del montón, también sale perjudicada. Una colectividad sólo es viable gracias al dinamismo de las personas que lo integran.

El hombre-masa es igual a cualquiera de su sociedad: son todos iguales. El Principito no distingue a los primeros viajeros, de los segundos, ni de los terceros: su uniformidad es total. Su color es el gris.

Pero la masificación no supone parsimonia. Todo lo contrario. Estos viajeros tienen mucha prisa. En el capítulo anterior vimos cómo el Principito no tenía tiempo para domesticar al zorro: tenía muchas cosas que hacer, tenía también prisa.

El hombre moderno no tiene tiempo que perder. Hay mucho trabajo, muchas cosas que hacer. Siempre la prisa.

Parece que esta es la situación del hombre moderno: tiene prisa, está agobiado por mil cosas que debiera hacer y no llega. Podemos decir que se encuentra prisionero de una dinámica social y laboral que le agobia.

Por eso van de aquí para allá. El tren, el viajar, es aquí símbolo del continuo trajín en el que se

desarrollan muchas vidas. No se viaja por placer, por disfrutar, sino porque nunca se está contento donde se está. En ese sentido, la prisa del hombre contemporáneo no es una prisa por que se quiere llegar a algún sitio. Es la agitación propia de quien huye.

No es que no haya un sitio al que ir, una meta a la que dirigirse, pero el hombre moderno está tan ocupado que no dispone de tiempo para pensar en la meta, en el sentido

de lo que hace. Por eso no persiguen nada. Sobre este particular, es ilustrativa la reflexión que hace George Sand al inicio de un relato de viajes; se pregunta qué nos empuja a viajar: «Es que no estamos realmente bien en ninguna parte en estos tiempos [...]. Todo va mal en el mundo oficial: los que lo niegan lo sienten tan profundamente y más amargamente que los que lo afirman» .

La sociedad se rige por unos modos de vida, establece unas pautas de conducta. Y los padres impulsan a sus hijos a imitar esos modelos. No lo deciden ellos; es la sociedad, la moda, el imperio del "se" quien lo establece. Eso significa que, de hecho, somos llevados y traídos, sin haberlo elegido. De manera que el auténtico individuo está ahogado: dentro de un vagón durmiendo o bostezando. Nuestra sociedad se caracteriza por la multiplicación de los medios junto a la disminución del horizonte de los fines: cada vez menos gente es capaz de proponerse metas que no estén socialmente prefabricadas. La conclusión es que somos llevados y arrastrados, y los niños también, pero son los únicos que perciben que algo pasa, por eso aplastan su nariz contra los cristales. Los niños son los únicos que seleccionan lo que buscan, pierden el tiempo por una muñeca de trapo (en estas líneas repite lo aprendido en el cap. 21), eso hace que surja un lazo... y les hace vulnerables (lloran cuando se les arrebatada), pero tienen suerte.

Crear lazos, tener amigos, dedicar tiempo. Todo esto es radicalmente distinto de ir con prisa. No se puede hacer apresuradamente, aunque requiere tiempo. Detengámonos en esta idea.

Perder el tiempo sin más es ser un vago. Eso es muy distinto de perder el tiempo por algo o alguien. En este último caso, el tiempo no se pierde, se dedica. Cuando se dedica tiempo, -como cuando se dedica un libro-, se ofrece, se consagra.

El tiempo dedicado es algo muy distinto del tiempo perdido. También hay que distinguirlo del tiempo productivo. Es algo que los griegos llamaron *scholé* (*scolhv*) y

*La
razón nos pone
ante el bien y el
mal, y así nos
hace capaces
de elegir
uno u otro*

que significa "tiempo libre, ocio, tranquilidad, estudio, escuela". Los latinos lo tradujeron como schola, que ha dado lugar al término español escuela. En latín se entiende por schola fundamentalmente el "ocio consagrado al estudio" y, secundariamente, el lugar en que se estudia: la escuela entendida como institución escolar.

Frente a la scholé (scolhv) o "tiempo libre", hay un tiempo que podríamos llamar tiempo no-libre, tiempo productivo, tiempo dedicado a hacer cosas o, sin más, tiempo dedicado a trabajar. El trabajo aparece así como la actividad no liberal, sino forzada. El tiempo no productivo, el tiempo que no dedicamos al trabajo podemos perderlo, podemos emplearlo en actividades que nos mantengan ocupados, entretenidos. Pero scholé (scolhv) no es eso. Scholé se refiere al tiempo no productivo (al no trabajo), al tiempo formativo, consagrado a moldear la propia persona, se trata del tiempo que dedicamos a la adquisición de la madurez, a aprender a ponderar las cosas,...

Al traducir scholé como ocio se pierde parte importante del contenido, pero espero que haya quedado claro. En este sentido se entiende que Aristóteles diga que trabajamos para tener ocio, y no al revés : lo importante es el tiempo dedicado a cultivar la vida del espíritu. El negocio es concebido como la negación del ocio: no-ocio o nec-ocio. Desde esta perspectiva, podemos considerar que hay dos modos básicos de enfocar la vida: como girando en torno al ocio como scholé, al enriquecimiento personal, o como articulada en torno a la actividad productiva, al trabajo.

El surgimiento de la mentalidad moderna ha de situarse junto al nacimiento social de la burguesía que privilegia el trabajo productivo (el negocio) y confirió al ocio una connotación negativa, considerado como tiempo inútil, propio de vagos. Lo propio de la mentalidad burguesa es el comercio. El próximo capítulo trata del comerciante. Allí hemos de profundizar en estas ideas.

«En latín se entiende por schola fundamentalmente el "ocio consagrado al estudio" y, secundariamente, el lugar en que se estudia: la escuela entendida como institución escolar»

XXIII. El trabajo y la profesión

Resumen.

—Buenos días, dijo el Principito.

—Buenos días, dijo el comerciante.

Era un comerciante de pastillas perfeccionadas que apagan la sed. Se toma una por semana y no se siente más la necesidad de beber.

—¿Por qué vendes eso?, dijo el Principito.

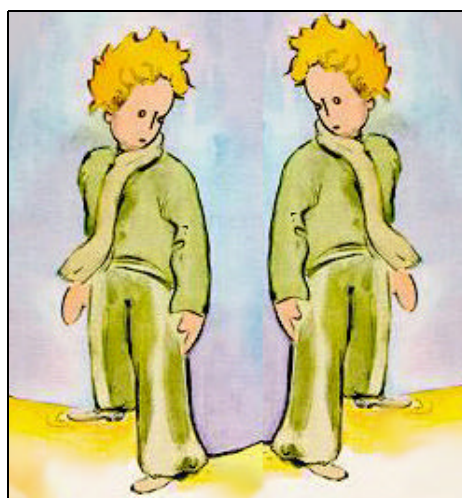
—Es una gran economía de tiempo, dijo el comerciante. Los expertos han hecho los cálculos. Se ahorran cincuenta y tres minutos por semana.

—¿Y qué se hace con esos cincuenta y tres?

—Se hace lo que se quiere...

tuviera cincuenta y tres minutos para gastar, se dijo el Principito, yo pasearía tranquilamente hacia una fuente...

Comentario. Vimos cómo el Principito ha progresado mucho. Ha aprendido que lo que hace importantes a las personas es el tiempo que les consagramos. Dedicarles tiempo hace posible que surja la amistad y el amor, así se convierten en personas absolutamente únicas, singulares a las que llevamos en nuestra cabeza y en nuestro corazón. Frente a esto, el capítulo anterior mostró que una característica destacada de nuestra cultura es la prisa, que impide profundizar en las relaciones, crear lazos en un nivel profundo de intimidad. Por



eso el hombre moderno es el hombre masificado, cuya vida se articula en torno al trabajo. En el capítulo 13 lo decíamos de otro modo: el hombre actual está vertido sobre los medios pero no tiene claros los fines, entre otras cosas porque no tiene tiempo para pensar en ello.

La situación aludida recoge

rasgos propios de la mentalidad burguesa, que es la forma de pensar que se ha ido imponiendo en la Europa Occidental desde hace unos siglos y cuya actividad fundamental fue, en su nacimiento, el comercio. Precisamente, el personaje de este capítulo es un comerciante. Continuamos, pues, con la mirada del Principito sobre este mundo burgués contemporáneo.

Ya vimos cómo la mentalidad burguesa lleva a concebir al hombre como un trabajador. El hombre como destinado al trabajo. Por eso el descanso es pensado como medio. No podemos trabajar siempre, por eso necesitamos descansar: para poder volver al trabajo. En definitiva, descansamos para trabajar. En términos de medios y fines: el trabajo es el fin, el descanso el medio. Quizá así formulado choque un poco, pero pienso que así es vivido por buena parte de nuestros contemporáneos. Si no me equivoco, esta es la mentalidad imperante.

Frente a la mentalidad burguesa recordemos el planteamiento presente en la tesis aristotélica de

que trabajamos para tener ocio: lo importante es el ocio creativo, ese es el fin .

En el lenguaje ordinario podemos encontrar huellas de estas distintos modos de concebir al hombre. Distinguimos entre profesión y trabajo. Si pensamos la diferencia nos daremos cuenta de que trabajo hace referencia a algo penoso, a una actividad forzada a la que estoy obligado, algo que realizo para sobrevivir. El trabajo así pensado es una actividad que no realizo gustosamente, se parece más a la actividad de un esclavo que a la de un hombre libre. Por eso, a veces se habla de trabajos serviles, es decir, propios de siervos.

Frente al trabajo está la profesión. La profesión no es servil. La profesión es liberal. La palabra profesión es usada originariamente en un contexto religioso. Para indicar que una persona se ha consagrado a Dios ingresando en una orden religiosa, se dice que ha profesado. Para el religioso, la profesión hace referencia no a algo forzado sino algo por lo que ha optado libremente y que permite entender unitariamente los múltiples actos de su vida, en definitiva la profesión es lo que confiere sentido a su existencia, y le hace ser lo que es, y configura su modo de ser y de estar en el mundo. La profesión tiene resonancias más profundas, más nobles, que el trabajo. Esta diferencia aparece también en el nombre que damos al sueldo. Quien trabaja recibe un salario, palabra que viene de sal, es decir, recibe lo suficiente para comer, para sobrevivir. Quien tiene una profesión, recibe unos honorarios, palabra que viene de honor, de lo que uno merece en función de lo que es, y eso ya es otra cosa.

La mentalidad burguesa es la dominante entre nosotros. Por eso lo ideal es trabajar y tener un sueldo, traer dinero a casa. Eso es lo que se valora. Esto da lugar, por ejemplo, a una consideración negativa de la actividad del ama de casa. Esta actividad queda devaluada porque carece de sueldo: eso no

es un trabajo. Se puede pensar la actividad del ama de casa como una profesión: es posible que una mujer decida consagrar su vida a llevar su casa, cuidar sus hijos,... Entonces, igual que el sentido de la vida del religioso deriva de que toda su actividad gira en torno a los ideales a los que ha con-

sagrado su vida, el sentido de la vida de esta ama de casa puede derivar de haberse dedicado a su familia, de haberles consagrado su vida.

Esto es bonito, pero requiere fiarse del otro, la confianza es fundamental. Si la familia se piensa de un modo provisional, a ver qué pasa,

y con la salida preparada, entonces la actividad del ama de casa ni es trabajo ni puede ser una profesión, porque ¿qué pasa si nos divorciamos?, entonces ella se queda sin nada. Requiere también una estructura económica y social distinta: actualmente, un mínimo de calidad de vida sólo es planteable si hay dos sueldos. Pero, sobre todo, requiere un cambio de mentalidad: hay que entender que es más importante la dedicación a los hijos, a las personas que se quiere, que la construcción de muebles, la fabricación de zapatos o la realización de un trabajo cualquiera. El valor de la actividad depende más del resultado que del sueldo percibido. Quien trabaja de carpintero obtiene muebles, quien ha consagrado su actividad a su familia consigue que sus hijos alcancen la madurez.

Ya hemos indicado que en la mentalidad burguesa el ocio es concebido como algo negativo. Para el burgués, un hombre ocioso es un perezoso. Ocio es sinónimo de pereza. Para tener valor en nuestra cultura, hay que tener trabajo. El ocio es un fenómeno inmoral.

Me parece de interés destacar que entendiendo ocio como scholé, la pereza no sólo se distingue del ocio, sino que se le opone, lo hace imposible. Quien es perezoso, no es capaz de estar ocioso. La pereza produce trabajo o actividad incansable, con prisa y estrés.

*«Para el burgués,
hombre ocioso es un perezoso. Ocio es sinónimo de pereza. Para tener valor en nuestra cultura, hay que tener trabajo»*

Esto, que puede parecer paradójico visto desde la mentalidad actual, se entiende si consideramos - como hace Kierkegaard- que . Todo hombre está dotado de unas posibilidades enormes. Pero ha de atreverse a verlas e intentar desarrollarlas. Para eso se requiere sosiego, paz interior, enfrentarse con la propia vida y desarrollarla: eso es ocio, eso es una gran actividad interior. Pero eso normalmente no lo hace nadie puesto que da miedo: quien es incapaz de enfrentarse con su propia vida, es incapaz de tener ocio. Por eso trabaja.

Pereza, en latín, es acedia, que también puede traducirse como dejadez. En este sentido, perezoso es el hombre que se deja llevar. Así aparece el trabajo como algo que deriva de la pereza y asegura que no tendré tiempo para estar conmigo, ya que todo mi tiempo está ocupado: no tengo tiempo libre.

La tradición cristiana considera la acedia como un pecado. Y nos interesa destacarlo, no

por la implicación teológica sino en su sentido más básico. Entendiendo pecado como algo malo que se opone a algo bueno. La pereza es entonces algo malo, ¿a qué se opone? Tomás de Aquino sostiene que la pereza se opone al 3º Mandamiento: "Santificarás las fiestas". Dios manda esto. Dios ordena que el hombre santifique las fiestas. Y el perezoso peca contra la obligación de festejar. Estar de fiesta es estar alegre y esa alegría brota de una interioridad sana.

El perezoso genera tristeza y la oculta trabajando, yendo muy deprisa de una actividad a otra, estirando el tiempo para poder hacer más cosas. Frente a eso, quien está en paz consigo mismo da la impresión de no tener prisa, de no estar agobiado nunca o, lo que es lo mismo, de disfrutar con lo

que hace: está alegre, tiene espíritu festivo. Por eso, el Principito no tiene interés en perderse un tranquilo paseo hacia una fuente para beber.

«Todo hombre está dotado de unas posibilidades enormes. Pero ha de atreverse a verlas e intentar desarrollarlas»